

El Espejo de Apolo

Guía interpretativa mitológica,
simbólica y psicológica de una
obra contemporánea

Índice

1. Introducción.....	2
2. Contexto mitológico y simbólico de Apolo.....	3
3. Descripción formal de la obra.....	5
4. Divinidades representadas.....	8
4.1 Apolo: presencia central y triple manifestación.....	8
4.2 Artemisa: la luna como presencia simbólica.....	10
4.3 Eros: el deseo impulsivo.....	11
4.4 Anteros: la reciprocidad amorosa.....	12
5. Presencias simbólicas no divinas.....	14
5.1 Jacinto.....	14
5.2 Koronis.....	15
5.3 El cuervo.....	15
5.4 La serpiente.....	16
5.5 El entorno natural.....	16
6. Lectura junguiana: animus, anima y equilibrio interior...17	17
6.1 Apolo como símbolo del animus y del Yo solar.....	17
6.2 Artemisa y el anima transpersonal.....	18
6.3 Eros y Anteros como funciones del deseo y la reparación.....	18
6.4 El espejo como símbolo del proceso de individuación.....	19
7. Conclusiones.....	19
8. Referencias.....	21

1. Introducción

La obra *El Espejo de Apolo*, del autor Héctor Herrera Yuste, constituye una representación iconográfica de alto contenido simbólico, en la que convergen elementos propios de la mitología grecorromana, la psicología arquetípica y la tradición artística clásica. Su carácter alegórico y multicapas permite una lectura que trasciende lo visual para adentrarse en las estructuras narrativas del mito y su proyección contemporánea.

Desde un enfoque interdisciplinar, esta guía interpretativa tiene como objetivo analizar la obra integrando fuentes mitológicas originales —como *La Teogonía* de Hesíodo (ca. siglo VIII a.C./2020), las *Metamorfosis* de Ovidio (ca. siglo I d.C./2010), y las *Descripción de Grecia* de Pausanias (ca. siglo II d.C./2003)— con estudios académicos actuales como los de Burkert (1985), Fontenrose (1980) y Larson (2001), junto a lecturas simbólicas desde la psicología analítica (Jung, 1951/2013; Hillman, 1975/2010). Todo ello enmarcado bajo criterios de rigor filológico, coherencia mitológica y profundidad estética.

La obra se erige así como un “templo visual” en el que los dioses no son meras figuras estáticas, sino **arquetipos en movimiento**, que interpelan la conciencia del espectador y lo confrontan con las dimensiones profundas del alma.



Figura 1. *El Espejo de Apolo* (Héctor Herrera Yuste, 2025) Imagen original realizada por **Héctor Herrera Yuste**, quien también actuó como modelo simbólico para la figura central, representando al dios Apolo en su juventud como ofrenda artística y espiritual a la divinidad.

Obra registrada oficialmente en:

- **Registro de la Propiedad Intelectual de España**, número de referencia **09/413431.9/25** (1 de marzo de 2025).
- **Safe Creative**, código de identificación **2503071052155**, verificación en: <https://www.safecreative.org/certificate/2503071052155-4XTH95>.

2. Contexto mitológico y simbólico de Apolo

Apolo es una de las divinidades más complejas y refinadas del panteón grecorromano. Hijo de Zeus y Leto, y hermano gemelo de Artemisa, es el dios solar por excelencia, vinculado a la **luz, la música, la poesía, la medicina, la**

El Espejo de Apolo

juventud, la belleza masculina, la profecía, la ciencia y el vaticinio (Burkert, 1985; Larson, 2001). Su figura sintetiza el ideal de **armonía entre cuerpo, alma y cosmos**, siendo fuente de conocimiento y de orden tanto en lo divino como en lo humano.

Desde el punto de vista ético, Apolo es también el **castigador de la *hybris*** —la desmesura, la arrogancia contra los dioses—. Su intervención contra los sátiros, contra Níobe, o contra los desleales en el amor como Coronis, responde a una función correctora que busca preservar el equilibrio cósmico y moral (Fontenrose, 1980). De este modo, Apolo no es sólo guía, sino juez, regulador del exceso y protector del orden sagrado.

Una de sus atribuciones más esenciales es la de **dios del oráculo**, sobre todo en Delfos, donde transmite la verdad divina a través de enunciados proféticos que son deliberadamente oscuros, poéticos y simbólicos (Pausanias, ca. siglo II d.C./2003). Su don del **vaticinio** no consiste en imponer un destino cerrado, sino en **activar el autoconocimiento** del consultante, quien debe descifrar el mensaje y confrontar su verdad interior (Fontenrose, 1980).

Apolo es además protector de la **juventud masculina**, y a menudo aparece representado con un ideal físico andrógino, refinado, alejado de la brutalidad guerrera de otros dioses como Ares. En los mitos, su amor por jóvenes como Jacinto o Cipariso revela su vínculo emocional con la belleza efébrica y con la fragilidad que encierra el deseo no correspondido (Ovidio, ca. siglo I d.C./2010).

Como dios de la **medicina**, Apolo es el padre de Asclepio, el sanador por excelencia, y a menudo se lo representa empuñando el *laurel*, símbolo de curación, victoria y conocimiento. Antes de que la medicina quedara asociada a Esculapio (su versión romana), Apolo ya era considerado el verdadero **dios de la sanación** a través del equilibrio cuerpo-alma y de la armonía con las leyes naturales (Burkert, 1985).

El Espejo de Apolo

Más allá de sus atribuciones antiguas, Apolo puede ser interpretado también como **dios de la ciencia** (entendida como búsqueda de orden y verdad), e incluso de la **psicología**, en tanto representa el impulso de integrar las polaridades del alma: luz y sombra, logos y pathos, animus y anima. Desde la perspectiva junguiana, Apolo refleja el arquetipo del Yo solar y visionario, pero también encarna la tensión de lo incompleto, lo no integrado, especialmente cuando sufre por amor o desciende al plano mortal (Jung, 1951/2013; Hillman, 1975/2010).

En *El Espejo de Apolo*, todas estas dimensiones conviven visualmente: la belleza serena, la tensión amorosa, el castigo y la revelación, la luz como conciencia y la noche como misterio. La obra no presenta a un Apolo unívoco, sino una **constelación simbólica**, fiel a su carácter original de dios múltiple, contradictorio y transformador.

3. Descripción formal de la obra

La obra *El Espejo de Apolo*, realizada por Héctor Herrera Yuste, presenta una composición compleja y cuidadosamente equilibrada que conjuga elementos mitológicos, anatómicos, simbólicos y atmosféricos. La escena está construida en un formato horizontal, con **una estructura tripartita** que organiza el espacio visual en tres zonas con diferentes cargas narrativas: sombra, centro y claridad.

En el **centro de la imagen**, emerge la figura más luminosa de Apolo, de rasgos andróginos, recostado, desnudo y sereno. Su anatomía remite al ideal clásico del efebo griego, pero con una sutil feminización de los rasgos faciales y la postura. La luz que emana de su piel no proviene de una fuente externa, sino que parece **nacer desde dentro**, en clara alusión a su condición solar e iluminadora. El **cinturón dorado** que ciñe su cuerpo justo sobre la conocida “cintura de Apolo” no sólo alude a la perfección anatómica clásica, sino que

El Espejo de Apolo

señala simbólicamente el umbral entre su dimensión terrenal y su naturaleza divina. La expresión del rostro es contenida, reflexiva, íntima.

A su alrededor aparecen **dos figuras aladas**: Eros y Anteros. La primera, alada y activa, apunta con su arco, reactivando el mito del deseo no correspondido entre Apolo y Dafne. La segunda, en contraste, acaricia una flor —la flor de Jacinto— con un gesto lleno de ternura, aludiendo al amor sincero que, aunque trágico, se transforma en memoria viva. Estas dos figuras forman una **dualidad complementaria**: el amor instintivo frente al amor consciente, el impulso frente a la reciprocidad.

En el plano izquierdo, entre penumbras, aparece otra encarnación de Apolo: **más masculina, erguida, musculosa, oscura**, observando en silencio a su otro yo. Esta figura encarna la dimensión racional, severa, solar en potencia pero contenida, que mira hacia el centro como si se reconociera, con deseo o con nostalgia. El juego de miradas establece una **relación especular** entre las distintas versiones del dios.

En el fondo, sobre un pedestal de piedra, **una serpiente** enroscada permanece en actitud serena, símbolo del conocimiento telúrico vencido y reconciliado. A su lado, un **cuervo negro** se posa sobre un templo de columnas dóricas, símbolo del oráculo de Delfos y del destino. Por encima, una **ave blanca** vuela con el pico abierto: referencia a **Koronis** antes de su transformación, trayendo el anuncio de su traición y marcando el inicio de la cadena trágica.

La escena se cierra con la presencia silenciosa de la **luna llena**, velada pero dominante, encarnación simbólica de **Artemisa**, hermana gemela de Apolo. Su posición alude a una vigilancia amorosa desde la distancia celeste, complementando así el conjunto con una dimensión femenina y nocturna que equilibra la luz interna de su hermano.

La paleta cromática, compuesta por **tonos dorados, verdes apagados, sombras azuladas y luces blancas**, contribuye a crear un ambiente atemporal, a medio camino entre el sueño visionario y el espacio ritual. Todo en la imagen respira una **armonía tensa**, una dialéctica constante entre lo solar y lo lunar, lo joven y lo eterno, lo visible y lo simbólico.

Tabla 1. Elementos compositivos y su carga simbólica en *El Espejo de Apolo*

Elemento visual	Descripción formal	Significado simbólico / mitológico
Apolo andrógino (centro)	Figura reclinada, serena, luminosa, con cinturón dorado en la cintura.	Representa el Apolo interior, fuente de luz, equilibrio entre animus y anima. La “cintura de Apolo” alude a su belleza ideal y su naturaleza entre lo humano y lo divino.
Apolo masculino (izquierda)	Figura erguida, musculosa, en sombra, observando a su reflejo.	Dimensión racional y severa del dios. Puede interpretarse como expresión de hybris, narcisismo o tensión entre deseo y límite.
Eros (Cupido)	Figura infantil con alas, disparando una flecha.	Deseo no racional, impulso instintivo. Reactiva el mito de Apolo y Dafne.
Anteros	Figura delicada acariciando una flor (Jacinto).	Amor recíproco, ternura que cuida. Representa la reparación frente a la herida de Eros.

Ave blanca (Koronis)	Volando con el pico abierto sobre el templo.	Representa a Koronis antes de su transformación. Su vuelo anuncia la infidelidad y anticipa la tragedia.
Cuervo negro	Posado sobre templo dórico al fondo.	Animal oracular. Tras la traición, Apolo lo maldice, volviéndolo negro. Aquí representa la visión profética y la consecuencia moral.
Serpiente	Enroscada, pasiva, junto al pedestal.	Representa a Pitón vencido. Sabiduría antigua, telúrica, reconciliada con la luz.
Templo dórico	Al fondo, sobre la cascada.	Emblema de Delfos, lugar del oráculo. Canal del vaticinio apolíneo.
Luna llena	Alta, central en el cielo.	Encarnación simbólica de Artemisa, hermana gemela. Luz lunar complementaria.
Flor de Jacinto	En manos de Anteros.	Recuerdo del amante perdido de Apolo. Símbolo del amor trágico transformado en belleza perpetua.
Cascada luminosa	Flujo de agua desde el templo.	Inspiración, palabra poética, conocimiento revelado.

4. Divinidades representadas

4.1 Apolo: presencia central y triple manifestación

En *El Espejo de Apolo*, la divinidad titular se presenta en tres formas distintas pero complementarias, que reflejan no solo su polivalencia mitológica, sino también la complejidad de su arquetipo:

a) Apolo interior (andrógino, reclinado, luminoso)

Esta figura central encarna al Apolo que **une los opuestos**: la luz que no hiere, la belleza que no domina, la presencia que no impone. La anatomía estilizada y ambigua —con rasgos masculinos suavizados y una postura abierta y receptiva— sugiere una fusión entre el *animus* y el *anima*, en el sentido propuesto por Jung (1951/2013).

El cinturón dorado que marca su “cintura de Apolo” remite a la perfección corporal idealizada en el arte clásico, pero también delimita un umbral simbólico: **el lugar donde lo humano se encuentra con lo divino**, donde el deseo se somete a la forma. Su luz no proviene del exterior, sino que **emerge desde su interior**, como si la conciencia, la sabiduría o la poesía brotaran directamente del cuerpo como templo.

b) Apolo masculino (erguido, en sombra, musculoso)

Ubicado a la izquierda, este segundo Apolo es **más corpóreo, más racional, más solar** en el sentido tradicional. Su musculatura marcada y su expresión contemplativa lo sitúan en tensión con la figura central. Se lee como **la versión activa, contenida o vigilante** del mismo dios, que observa a su reflejo más vulnerable y poético con un gesto ambivalente. Esta figura puede representar el Apolo **disciplinador de la hybris**, el que juzga, impone orden y castiga los excesos, como hizo con Níobe o los sátiros (Burkert, 1985; Fontenrose, 1980).

A nivel simbólico, también encarna el aspecto del **ego que contempla su alma**, o del dios que, enamorado de sí mismo, no puede integrar su feminidad sin conflicto: una forma velada de narcisismo espiritual.

c) Apolo ausente-presente: la cascada, el templo, la naturaleza

Más allá de sus formas humanas, Apolo **habita el entorno mismo**: está en el templo dórico, en la cascada luminosa que fluye como palabra oracular, y en la vegetación que crece exuberante en torno a él. En la mitología antigua, Apolo también era un **dios de la naturaleza viva**, que hacía florecer la tierra con su llegada (Larson, 2001). No sólo traía luz: **traía vida**.

Su presencia fecunda no solo a los cuerpos, sino a los espacios: la vegetación, el verdor, los animales y los ciclos naturales se ordenaban con su armonía. En la obra, esto se expresa visualmente en el equilibrio orgánico entre la piedra, el agua, las aves, la serpiente y el cielo. No hay violencia ni caos: hay **presencia que organiza y embellece**. Esta dimensión telúrica y solar al mismo tiempo conecta con el Apolo hiperbóreo, el que reinaba durante los veranos en Delfos y se retiraba en invierno, dejando el santuario a Dioniso.

4.2 Artemisa: la luna como presencia simbólica y contrapartida espiritual

Aunque no aparece representada con forma corporal en *El Espejo de Apolo*, **Artemisa está simbólicamente presente** a través de la luna llena que domina el firmamento de la escena. Esta decisión compositiva se alinea con la tradición iconográfica que vincula a Artemisa —diosa de la caza, la virginidad, la naturaleza salvaje y la luz nocturna— con el astro lunar, especialmente en su forma llena o creciente (Larson, 2001).

Hermana gemela de Apolo, Artemisa representa el polo **intuitivo, femenino, reservado y protector** del mismo principio armónico que su hermano encarna desde la racionalidad, la luz solar y el arte (Pausanias, ca. siglo II d.C./2003). Ambos nacieron simultáneamente en la isla de Delos, y su vínculo es profundamente cósmico: **día y noche, sol y luna, logos y misterio**.

El Espejo de Apolo

Esta complementariedad no implica subordinación, sino reciprocidad: allí donde Apolo irradia, Artemisa vela; donde él revela, ella guarda.

En la obra, la luna no es una simple fuente de luz ambiental: es **la mirada silente de su hermana**, observando desde la altura, como un símbolo de conexión interior. El hecho de que ilumine levemente el paisaje, permitiendo la percepción de la vegetación, las aves, y la piel misma del dios central, sugiere que **Artemisa no sólo acompaña, sino que activa sutilmente la escena**.

Su luz complementa la que emana de Apolo, confirmando que la totalidad del ser requiere integrar ambos principios.

Desde una lectura simbólica influida por la psicología analítica, Artemisa puede ser vista como **la dimensión inconsciente o lunar del alma apolínea**, aquello que el Yo debe reconocer y aceptar en su proceso de individuación (Jung, 1951/2013). No en vano, su lejanía física en la obra refuerza su cercanía psíquica: **es la parte interna que siempre está presente, aunque no visible del todo**.

Por tanto, la inclusión de la luna como símbolo de Artemisa no es un elemento decorativo, sino un **gesto mitológico y psicológico de integración**: el dios no está solo, su alma está acompañada. Esta presencia femenina sella el equilibrio de la obra, cerrando la polaridad luminosa con un arco de misterio que la envuelve por completo.

4.3 Eros: el deseo impulsivo y la raíz del conflicto

En la tradición mitológica griega, **Eros** es una figura ambivalente: en los textos órficos es una fuerza primordial preolímpica, nacida del Caos o del Huevo Cósmico, mientras que en la mitología posterior (especialmente helenística y

romana) es hijo de Afrodita y Ares, y aparece como un **niño alado que dispara flechas de amor** (Hesíodo, ca. siglo VIII a.C./2020; Ovidio, ca. siglo I d.C./2010).

En *El Espejo de Apolo*, Eros se representa en su forma más conocida: **infantil, alado y activo**, en pleno acto de tensar su arco para lanzar la flecha. Este gesto, aparentemente leve, tiene un significado profundo: remite directamente al inicio del mito de Apolo y Dafne, cuando el dios, tras mofarse del poder de Eros, es alcanzado por una flecha de oro que lo condena al deseo no correspondido, mientras que Dafne recibe una flecha de plomo que la vuelve insensible (Ovidio, *Metamorfosis* l.452–567).

Eros no aparece aquí como una figura idealizada, sino como el **motor del conflicto**: su acción desencadena el sufrimiento del dios solar y, por extensión, su proceso de humanización. En términos simbólicos, Eros representa el **deseo inconsciente, instintivo, no mediado por la razón**. Es una fuerza caótica que puede arrastrar incluso a los dioses a experiencias dolorosas. Su mirada traviesa y su postura activa refuerzan la idea de que, aunque pequeño, **es más poderoso que el propio Apolo**.

Desde la perspectiva psicológica, Eros encarna lo que Jung describía como **la irrupción del arquetipo del deseo**, necesario para el crecimiento del Yo, pero potencialmente destructivo si no se integra (Jung, 1951/2013). En este caso, Eros no está demonizado, sino revelado como parte esencial del drama de transformación que el dios experimenta.

4.4 Anteros: el amor que repara y la reciprocidad emocional

Frente al impulso desordenado de Eros, la figura de **Anteros** aparece como un contrapunto sereno y curativo. Tradicionalmente, Anteros es considerado **hermano de Eros y dios del amor correspondido**, nacido de la necesidad de equilibrio emocional: Afrodita lo engendró como respuesta a la melancolía de Eros por no tener con quién compartir su afecto (Pausanias, ca. siglo II d.C./2003).

El Espejo de Apolo

En la obra, Anteros se muestra **acariciando la flor de Jacinto**, con una expresión de ternura. Esta acción aparentemente sutil tiene un profundo contenido mitológico: tras la muerte de Jacinto —joven amado por Apolo—, el dios lo transforma en flor como acto de duelo y de consagración (Ovidio, *Metamorfosis* X.162–219). La presencia de Anteros cuidando esa flor no solo alude a ese mito, sino que propone una **relectura amorosa y compasiva** de la pérdida: el amor que cuida lo perdido, que convierte el dolor en belleza.

Simbólicamente, Anteros representa la **reconciliación entre el deseo y la respuesta emocional**, el equilibrio que permite que el amor no sea destructivo, sino sanador. En el contexto de la obra, su figura sugiere que Apolo, a pesar de sus heridas, no está solo en su experiencia afectiva: hay un dios que vela por su memoria emocional y **ofrece reparación simbólica**.

Desde un enfoque arquetípico, Anteros actúa como **función integradora del Eros herido**, facilitando la transformación del sufrimiento amoroso en sabiduría afectiva (Hillman, 1975/2010). Su posición junto al Apolo central, en actitud protectora, refuerza su rol como guía emocional silencioso, pero fundamental.

Tabla 2. Divinidades representadas en *El Espejo de Apolo*

Divinidad	Forma visual en la obra	Función mitológica	Significado simbólico en la escena
Apolo	Tres formas: andrógino reclinado, masculino erguido, y presencia en paisaje	Dios del sol, la armonía, el arte, la medicina, el vaticinio y el castigo de la <i>hybris</i> (Burkert, 1985).	Conciencia solar, equilibrio entre cuerpo y espíritu, integración del yo, tensión entre deseo y límite.
Artemisa	Luna llena en el cielo nocturno	Diosa lunar, hermana gemela, protectora de la	Presencia espiritual complementaria, anima

		naturaleza y de lo oculto (Larson, 2001).	silenciosa, armonía psíquica, vigilancia amorosa.
Eros	Niño alado tensando su arco	Dios del deseo instintivo, impulsor del mito de Dafne (Ovidio, <i>Met.</i> I.452–567).	Fuerza irracional que desencadena el conflicto amoroso, símbolo del impulso ciego y del poder inconsciente del deseo.
Anteros	Figura delicada acariciando la flor de Jacinto	Dios del amor correspondido, reparador de la herida emocional (Pausanias, <i>Descr. Grecia</i> , I.30.1).	Amor maduro, ternura que transforma la pérdida en memoria, equilibrio emocional y función integradora.

5. Presencias simbólicas no divinas

Aunque no pertenecen al panteón olímpico, ciertas figuras míticas y elementos naturales incluidos en la obra aportan claves interpretativas esenciales. En el arte mitológico, los personajes humanos elevados a símbolos, así como ciertos animales o formas del paisaje, adquieren la función de **vehículos de transformación, advertencia o memoria**. A continuación se analizan los principales presentes en esta obra:

5.1 Jacinto: el eco del amor trágico

Jacinto fue un joven espartano amado por Apolo. En una de las versiones más difundidas, murió accidentalmente al ser golpeado por un disco durante una competición deportiva con el propio dios. Apolo, presa del dolor, transformó su cuerpo en una flor de pétalos púrpura que desde entonces lleva su nombre (Ovidio, *Metamorfosis* X.162–219).

En la obra, Jacinto no aparece físicamente, pero su **presencia se condensa en la flor** que Anteros acaricia con delicadeza.

El Espejo de Apolo

Este gesto simbólico no sólo alude a la tragedia amorosa, sino que eleva la flor a condición de **receptáculo de memoria afectiva**. La flor no es solo un tributo: es una forma de immortalización. En el plano simbólico, representa la **capacidad del amor de transformar el dolor en belleza perdurable**, y del arte de conservar lo perdido sin petrificarlo.

5.2 Koronis: la traición anunciada y su doble forma

Koronis fue una mortal amada por Apolo y madre de Asclepio. Al ser descubierta en una relación con otro hombre, el dios la castigó con la muerte. El cuervo blanco que llevó la noticia a Apolo fue maldecido, convirtiéndose en negro desde entonces (Pausanias, *Descripción de Grecia*, X.6.1).

La obra contiene dos aves:

- Una **blanca, en vuelo, con el pico abierto**, que representa a **Koronis en su estado original**, antes de ser castigada.
- Otra, un **cuervo negro**, posado sobre un templo, que simboliza la **forma transformada del mismo mensajero** tras la ejecución del castigo.

Este contraste revela un proceso narrativo dentro de la imagen: **la revelación, el juicio y la consecuencia**. En clave simbólica, Koronis encarna la **frontera entre lo humano y lo divino, lo imperfecto y lo absoluto**. La figura del ave blanca grita la verdad, mientras el cuervo negro observa en silencio: juntos representan la **dialéctica del vaticinio y la sombra**.

5.3 El cuervo: animal oracular y guardián de secretos

Más allá de su vínculo con Koronis, el **cuervo es animal consagrado a Apolo** en su aspecto profético. Es un ser ambivalente: mensajero de la verdad, pero también símbolo de luto, advertencia y sabiduría oscura (Fontenrose, 1980).

El Espejo de Apolo

En el arte apolíneo, representa la **capacidad de ver lo oculto** y la naturaleza irreversible del destino.

Su posición sobre el templo dórico remite a su función como **testigo del oráculo**, como si custodiara el acceso al conocimiento sagrado.

5.4 La serpiente: la sabiduría primitiva reconciliada

Enroscada y en calma, la **serpiente que aparece en la obra** puede ser interpretada como símbolo de **Pitón**, el monstruo telúrico que Apolo derrota para fundar su oráculo en Delfos. Sin embargo, su actitud pasiva y su integración en el entorno natural sugieren una reinterpretación: ya no es amenaza, sino **fuerza de sabiduría telúrica reconciliada con la luz** (Burkert, 1985).

En términos arquetípicos, puede leerse como símbolo del **conocimiento ancestral**, de la energía kundalini, de la **transmutación interior**.

5.5 La cascada y el entorno natural: paisaje fecundado por el dios

La vegetación abundante, el agua que fluye desde el templo y el verdor que rodea la escena no son un fondo sin significado. En la antigüedad, Apolo no sólo era dios del sol, la razón o la música: también era **dios de la naturaleza viva**, de los brotes nuevos, del equilibrio de los ecosistemas y del crecimiento ordenado (Larson, 2001).

La cascada representa la **palabra revelada**, pero también la **inspiración poética** que riega el alma. En conjunto, el paisaje natural transmite la idea de que **la presencia de Apolo restaura el orden, purifica, vivifica**. La naturaleza responde a su armonía con florecimiento, no con caos.

6. Lectura junguiana: *animus*, *anima* y equilibrio interior

El Espejo de Apolo puede leerse no solo como una evocación mitológica, sino como una **representación arquetípica de la estructura interna del alma humana**, en línea con los postulados de la psicología analítica de Carl Gustav Jung. En este enfoque, los dioses del panteón clásico no son únicamente entidades externas, sino **proyecciones vivas de contenidos del inconsciente colectivo**, que expresan dinámicas internas de la psique (Jung, 1951/2013).

6.1 Apolo como símbolo del *animus* y del Yo solar

Apolo representa el arquetipo del **Yo solar, consciente, orientado al orden, la claridad y la trascendencia racional**. En su forma clásica, es el ideal del *animus* elevado: la imagen del masculino espiritualizado, que guía, ilumina y estructura la experiencia (Jung, 1951/2013). Sin embargo, en esta obra, la multiplicidad de sus representaciones permite acceder a una visión más compleja:

- El **Apolo andrógino** expresa una forma del Yo ya iniciada, **capaz de integrar rasgos femeninos** sin perder identidad.
- El **Apolo erguido y en sombra** representa al Yo que aún se enfrenta al deseo, al juicio y al conflicto interno.
- Y la **presencia solar en el entorno** indica una forma de irradiación simbólica: el Yo no sólo se contempla a sí mismo, sino que **organiza el mundo que lo rodea**.

Desde esta perspectiva, Apolo no es únicamente una figura divina, sino un **modelo psíquico de equilibrio entre opuestos**: razón y emoción, belleza y disciplina, claridad y sombra.

El Espejo de Apolo

6.2 Artemisa y el *anima* transpersonal

La luna, símbolo de Artemisa, encarna el arquetipo del ***anima***: la **dimensión receptiva, intuitiva, misteriosa y protectora de la psique**. No aparece como figura concreta, sino como **presencia constante y envolvente**, lo que corresponde a la forma en que el *anima* se manifiesta en la conciencia: a través de símbolos, imágenes y sensaciones más que de acciones explícitas (Hillman, 1975/2010).

La relación entre Apolo y Artemisa, presente a través de sus respectivos signos (la luz interior y la luz lunar), ilustra el proceso de **integración de lo femenino interior**. El alma, para alcanzar su completud, no puede rechazar su dimensión nocturna: necesita a Artemisa tanto como necesita el sol.

6.3 Eros y Anteros como funciones del deseo y la reparación

En términos junguianos, Eros representa la irrupción de lo inconsciente emocional en la conciencia del Yo. Es una **fuerza que rompe el equilibrio aparente**, forzando al individuo a confrontar lo que no puede controlar. Este arquetipo puede llevar al crecimiento o a la destrucción, dependiendo de si se le integra o se le reprime.

Anteros, en cambio, actúa como **función reparadora**, restauradora del equilibrio tras el impacto de Eros. Es símbolo de la **función trascendente**, el mecanismo por el cual los opuestos psíquicos pueden encontrar una síntesis que los unifique sin anularse mutuamente (Jung, 1951/2013). En este sentido, la imagen de Anteros cuidando la flor de Jacinto puede leerse como **el alma cuidando su herida**, o como el Yo reconciliándose con su pérdida.

6.4 El espejo como símbolo del proceso de individuación

El título mismo de la obra, *El Espejo de Apolo*, sugiere que lo representado no es solo una escena mitológica, sino **una imagen interna**, una contemplación simbólica de la propia psique. El espejo, en la tradición junguiana, no es simple reflejo, sino **puerta hacia la conciencia profunda**: aquello que permite verse a uno mismo desde el arquetipo, no desde el ego.

La escena en su conjunto puede interpretarse como una **representación visual del proceso de individuación**:

- Eros activa el conflicto.
- Apolo se contempla a sí mismo y sufre.
- Anteros repara.
- Artemisa acompaña.
- La naturaleza responde con armonía.

De este modo, la obra no sólo representa un mito: **lo reactiva como símbolo del camino hacia la integración interior**.

7. Conclusiones

El Espejo de Apolo es una obra profundamente simbólica que, a través de una composición visual rigurosa y una iconografía mitológicamente precisa, logra condensar múltiples niveles de lectura: el mítico, el psicológico, el filosófico y el estético. Su valor reside no solo en la recreación de figuras clásicas, sino en la **actualización del mito** como espejo contemporáneo del alma humana.

La representación múltiple de Apolo —luminoso, andrógino, reflexivo y solar— permite acceder a las tensiones que configuran al individuo: la belleza y el juicio, el deseo y la contención, la luz interna y la sombra proyectada. A su lado,

El Espejo de Apolo

la presencia de Eros y Anteros dinamiza la escena con la dialéctica del amor instintivo frente al amor consciente. La luna como signo de Artemisa introduce el elemento femenino que equilibra el conjunto, no como adorno, sino como **presencia estructural del alma receptiva, intuitiva y vigilante**.

Las presencias simbólicas no divinas —Jacinto, Koronis, el cuervo, la serpiente— aportan profundidad narrativa y mitológica, recordando que los mitos no son fábulas estáticas, sino **estructuras activas de sentido**, que sobreviven cuando se encarnan en imágenes nuevas, cargadas de resonancia emocional y espiritual.

Desde una lectura junguiana, la obra se configura como una **representación arquetípica del proceso de individuación**, donde el Yo (Apolo) se enfrenta al deseo, a la pérdida, al juicio y a la integración de su sombra y su *anima*. El espectador es invitado no solo a contemplar, sino a reflejarse, reconociendo en la escena aspectos internos que trascienden el tiempo y la cultura.

En suma, *El Espejo de Apolo* no es solo una obra plástica: es una **teogonía simbólica contemporánea**, una meditación visual sobre el alma humana a través del lenguaje eterno del mito. Con esta pieza, Héctor Herrera Yuste no sólo pinta: **restaura el vínculo entre arte, mito y conciencia**.

8. Referencias

Burkert, W. (1985). *Greek religion: Archaic and classical*. Harvard University Press.

Fontenrose, J. (1980). *The Delphic oracle: Its responses and operations*. University of California Press.

Hillman, J. (2010). *Re-visioning psychology*. HarperPerennial. (Obra original publicada en 1975)

Hesíodo. (2020). *Teogonía* (C. García Gual, Trad.). Alianza Editorial. (Obra original ca. siglo VIII a.C.)

Jung, C. G. (2013). *Los arquetipos y lo inconsciente colectivo* (10.^a ed., R. L. G. de la Vega, Trad.). Paidós. (Obra original publicada en 1951)

Larson, J. (2001). *Greek nymphs: Myth, cult, lore*. Oxford University Press.

Ovidio. (2010). *Metamorfosis* (A. Ramírez de Verger, Ed. y Trad.). Alianza Editorial. (Obra original ca. siglo I d.C.)

Pausanias. (2003). *Descripción de Grecia* (M. Rodríguez de Sepúlveda, Ed. y Trad.). Gredos. (Obra original ca. siglo II d.C.)